sus hombres para ver que giro tomaban los acontecimientos, mientras él marcharia á Génova á fin de ver si se presentaba alguna oportunidad para obrar.

Anita y sus hijos se hallaban con los padres de Garibaldi en Niza, y por lo tanto no estuvo expuesta á los peligros que arrostró su esposo en la campaña de Lombardía.

El Gobierno de Cerdeña reconoció entonces que no habia sabido apreciar lo que valia un hombre como Garibaldi, y le ofreció un elevado cargo en el ejército, pero el general rehusó servir á un Gobierno que en su concepto estaba desacreditado y no podria continuar en el poder.

Por entonces, proyectábase una revolucion en Sicilia, y á poco, se presentó una comision á Garibaldi para invitarle á que auxiliase á los patriotas, á lo cual accedió gustoso, pero las noticias que se recibieron poco despues de Roma, le indujeron á dirigirse inmediatamente á la ciudad eterna.

CAPÍTULO XII.

Garibaldi defiende á Roma.—Bate á los franceses.—Diferencias entre el Gobierno y Garibaldi respecto á la política.—Se concede un armisticio á los franceses contra el parecer de Garibaldi.

Roma acababa de rebelarse contra la autoridad de Pio IX, y á ello le indujo el haber reconocido que, ó bien el Padre Santo no habia sido nunca un amigo sincero de la unidad italiana y de la libertad, ó bien se habia dejado dominar por la influencia de los reaccionarios. El caso es que el Pontífice huyó, y el pueblo formó un gobierno que proclamó la República.

Los Estados romanos que se hallan ahora bajo el dominio de Victor Manuel, estaban entonces sometidos al Papa.

De las veinte provincias en que estaban divididos, Cornarca de Roma era la primera, y comprende en su jurisdiccion la capital y Agro Romano; las otras diez y nueve se componen de dos clases, Legaciones y Delegaciones, y mientras las primeras se hallaban gobernadas por Cardenales, estábanlo las segundas por prelados con el tratamiento de *Monseñor*. Las *Legaciones* son, Boloña, Ferrara, Forli, Rávena, Urbino y Peassoro, con Velletri, y hay trece *Delegaciones* ó provincias, á

saber: Ancona, Macerata, Camerino, Fermo, Ascoli, Perugia, Spoleto, Rieti, Viterbo, Orvieto, Civita Vecchia, Frosinone y Pontecorvo con Benevento. En algunas Legaciones no estaba tan escitado como en otras el espíritu público, pero todas ellas deseaban sacudir el yugo que las oprimia.

Garibaldi se habia dirigido á Roma, segun hemos dicho, y tomó desde luego asiento en la Asamblea constituyente, como representante de Macerata. El intrépido general comenzaba á padecer ya agudos dolores reumáticos, sin duda á consecuencia de sus muchos padecimientos y privaciones.

Algunos de los hombres que estaban en el poder, no recibieron muy bien á Garibaldi, bien porque no le conocian á fondo, ó ya porque envidiasen su influencia, pero los ciudadanos todos, le trataban con el mayor afecto, comprendiendo, sin duda, que Roma, rodeada de enemigos, necesitaba el auxilio de un hombre como él. La intervencion francesa era lo que mas se temia; el Presidente de la República francesa, Luis Napoleon, habia resuelto ocupar los Estados Romanos, y acababa de llegar una escuadra y un ejército al mando del general Oudinot, el cual se posesionó de Civita Vecchia, violando abiertamente los derechos de la República romana.

Los franceses avanzaban sobre la capital: la Asamblea resolvió defender á Roma, aun cuando algunos querian por el contrario que se les abriesen las puertas, alegando que eran aliados y protectores, y merced á la influencia de Mazzini, Cernushi y otros hombres de nota, espidióse un decreto de resistencia. Cernushi, que habia levantado las barricadas de Milan, se encargó de las de Roma; situáronse cañones en los puntos principales, y los ciudadanos se prepararon á la defensa.

«Entonces fué, dice Medici, cuando se presentó el hombre providencial: de repente, oyóse en todas las calles el grito de ¡Garibaldi! ¡Garibaldi! y apareció el héroe precedido de miles de ciudadanos que arrojaban al aire sus sombreros, poseidos del mayor entusiasmo.

«La alegría del pueblo rayaba en frenesí; todos veian en Garibaldi al protector de la república; tenian en él una ciega confianza, y hubiérase dicho que la Asamblea acababa de anunciar una victoria en vez de decretar la defensa de la ciudad.»

Biagio Miraglia, que escribió una historia de la revolucion de Roma, recuerda el entusiasmo de los ciudadanos en estos términos:

«El misterioso conquistador, que coronado de una aureola de gloria, y sin tener conocimiento de las discusiones de la Asamblea, entró en Roma la víspera del dia en que la República iba á ser atacada, era, en concepto de todo el pueblo, el único hombre que podria sostener la resistencia, y por lo tanto siguió entusiasmado á Garibaldi, en quien cifraba todas sus esperanzas.»

Cuando los franceses desembarcaron en Civita Vechia, la legion se hallaba en Arragni, desde donde pensaba marchar contra los napolitanos, pero cuando recibió órden de pasar á Roma, organizóse una brigada mas numerosa. Garibaldi contaba, pues, con dos batallones de sus voluntarios, incluso cuarenta hombres que le habian acompañado desde la América del Sur, trescientos de Venecia, cuatrocientos jóvenes de la Universidad, trescientos *carabineros movilizados*, y otros tantos emigrados, en su mayor parte italianos, componiendo entre todos un total de 2500 hombres. A estos se agregaron despues noventa lanceros, armados y equipados á espensas de su jefe.

Garibaldi se encargó de la defensa de las murallas desde la Puerta Portese hasta las de S. Pancracio y Cavallegieri, ocupando los puntos mas salientes desde Villa Corsin á la villa Pamphili.

El 27 de Abril, la vanguardia de los franceses avanzó hácia Palo, á cuyo punto se dirigió al dia siguiente el resto de las fuerzas, y el 29, hallábanse estas en Castel Guido, á unas cincuenta millas de Roma.

El capitan Oudinot, hermano del general en jefe, se encaminó entonces hácia Roma con otro oficial y un destacamento de caballeria lijera, á fin de practicar un reconocimiento, y á tres millas de la ciudad divisó un puesto avanzado al que se aproximó con su gente, pero el oficial que mandaba allí le intimó á que se retirara, en términos corteses aunque con firmeza.

—¿Qué deseais? le preguntó.

—Ir á Roma, repuso el capitan Oudinot.

—No se puede pasar, replicó el oficial.

—Nosotros hablamos en nombre de la República francesa.

—Y yo en el de la República romana, y por lo tanto, tened la bondad de retiraros.

—¿Y si no queremos?

—Entonces trataremos de obligaros á ello.

—¿Por qué medios?

—Por la fuerza.

—Pues bien, dijo el capitan francés, volviéndose hácia su gente y descargando su pistola, si es así, ¡fuego!

—¡Fuego! repitió el oficial, jefe del puesto.

Siguióse un breve combate cuyo resultado fué retirarse la caballeria, dejando un prisionero en poder de sus enemigos.

Los periódicos franceses dijeron entonces que los italianos eran los que habian huido, y al refutar Medici esta version, decia muy oportunamente, que no teniendo estos últimos sino infantería y sus enemigos caballeria, no era probable que hubieran hecho un prisionero en el caso de ser vencidos.

El general Oudinot no pudo ocultar su enojo al saber que le seria preciso conquistar una ciudad donde pensaba ser recibido con aclamaciones, y reuniendo todas sus fuerzas, marchó contra Roma el dia 30, despues de haber combinado su plan de ataque, en el que hacia las siguientes indicaciones: «Las puertas Angélica y Cavallegieri, serán asaltadas á la vez á fin de distraer la atencion del enemigo, y se ocupará la primera, una vez rechazadas las fuerzas que han acampado en Monte Mario. Cuando nuestras tropas sean dueñas de estos dos puntos, obligaremos al enemigo á retroceder en todas direcciones é iremos á reunirnos en la Plaza de San Pedro. Recomiendo muy especialmente que se economice la sangre de nuestros soldados.»

Bien se comprende que al general le importaba poco que se vertiera la sangre de los valerosos patriotas que salian á la defensa de sus casas y de sus bienes.

Hombres eminentes en la carrera de las armas, han reconocido que el plan de Oudinot era bastante malo, y por lo que hace á la ejecucion, prescindiendo aqui de la bravura y pericia de los soldados franceses, debemos convenir en que fué aun peor. Por lo demás, el resultado justificó la censura.

El general Oudinot tenia á su disposicion 8000 infantes, dos escuadrones de caballeria y doce cañones, lo cual constituia un magnífico ejército, sobre todo si se atiende á que la mayor parte de estas tropas habian servido en África y eran muy aguerridas.

El redoble de los tambores franceses anunció el ataque, y segun el plan indicado, avanzaron las columnas, que fueron recibidas con un nutrido fuego de fusileria y de cañon, habiéndose trabado á poco una sangrienta escaramuza entre los cazadores de Vincennes y la infanteria romana.

Sin embargo, eran pocos los soldados que tomaban parte en la defensa de la ciudad; los mas eran voluntarios regularmente disciplinados y ciudadanos, pero unos y otros se batieron con sin igual bravura.

Las columnas francesas que avanzaron contra la puerta Cavallegieri tenian que atravesar un terreno escabroso, cubierto en parte de bosque, pero acostumbradas las tropas á guerrear en África, vencieron fácilmente los obstáculos, y hasta sacaron partido de ellos, consiguiendo adelantar con la mayor rapidez. Los cazadores de Vincennes rivalizaban con los tiradores en valor y bizarria, y avanzando siempre, llegaron hasta las murallas, ciegamente confiados en la victoria.

Garibaldi, que vigilaba al enemigo desde los jardines de la Villa Pamphili, dispuso que varios destacamentos penetrasen por los viñedos á fin de sorprender á los cazadores, mas no era fácil coger á estos desprevenidos, y una vez reforzados, mantuviéronse firmes en su posicion. Entonces envió á pedir Garibaldi mil hombres mas, prometiendo la victoria si llegaban pronto, y habiéndose presentado á poco dos batallones, hizo con ellos una salida, pero tuvo la desgracia de que los ciudadanos creyeran por un momento que su tropa era la del enemigo é hiciesen fuego antes que hubiera tiempo de avisarles. En su consecuencia, fuele forzoso hacer alto, y por algunos momentos se comprometió el éxito de la jornada, pero Garibaldi avanzó luego, mandó cargar á la bayoneta y pudo romper el centro de los franceses, si bien se rehicieron estos muy pronto. Por espacio de una hora, fué dudoso el resultado de la lucha; el intrépido general hizo prodigios de valor, hasta el punto de que sus mismos enemigos le admirasen, y